

Tomás Jalpa Flores, *Tierra y sociedad: la apropiación del suelo en la región de Chalco durante los siglos XV a XVII*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, 264 p.

La historia de Chalco siempre ha atraído el interés y la imaginación de los historiadores. Hay buenas razones, porque fue el asiento de importantes señoríos prehispánicos, con una población numerosa y étnicamente heterogénea; presenció posteriormente el arribo y tránsito de Hernán Cortés y sus hombres, y fue donde muy pronto se desarrolló la economía española y las haciendas que convirtieron la región en el granero de la capital virreinal. Muchas obras se habían ocupado incidentalmente de Chalco, pero realmente nos hacía una falta un estudio exacto y minucioso, como el que ahora presenta Tomás Jalpa Flores.

Se trata de un estudio que, a pesar de su modesto título, abarca (y el verbo está aquí bien empleado, en sus varios sentidos de “rodear, comprender, encerrar en sí” y “tomar a su cargo muchos negocios a un tiempo”) temas que cada uno de por sí podría ameritar una obra: los recursos naturales, las formas del asentamiento de la población, los flujos demográficos, las migraciones, la administración, la organización política, los grupos humanos, la organización de la sociedad y de la vida religiosa. Y todo ello de una manera dinámica, que cuida y atiende a los cambios en el tiempo. Discute, en el camino, varios problemas conceptuales y de interpretación que, a pesar del tiempo y la historiografía que hemos visto pasar, siguen presentando ambigüedades y generando polémicas, algunas de las cuales comentaré seguidamente.

La primera tiene que ver con la periodización. Dividir el pasado en segmentos cronológicos es algo connatural a la investigación histórica. En cierta forma, es parte de un esfuerzo de imponer un orden y una racionalidad en la ingente muchedumbre de sucesos, de hechos candidatos a ser “históricos”. Desde luego, ya casi ningún historiador de oficio divide su historia en segmentos arbitrarios de cien años, pero aun subsiste la tendencia de establecer una única división general del pasado, aplicable a todas las realidades. Sin embargo, es

un procedimiento dudoso cuando nos acercamos a aspectos particulares de la sociedad, como la historia intelectual, la económica, la de la ciencia y la tecnología, que tienen sus propios ritmos, Y lo mismo, y aun más, podría decirse cuando se abordan las “historias sumergidas”, como la regional y la indígena.

La periodización que propone Jalpa es original, porque “su” siglo XVII se expande hacia atrás. Propone, en suma, que hay una unidad en los acontecimientos que van desde 1540 hasta 1692, en razón de la demografía (desplome y recuperación), la desarticulación del al-tépetl, la creación de formas gubernativas propiamente coloniales, y la continuidad social y política fundamental de la sociedad indígena en estas décadas. Si esta división cronológica del pasado de Chalco es así, entonces existe una diferencia clara entre lo que podríamos llamar los años de la conquista y los posteriores, donde podría verse una temprana consolidación de una nueva sociedad.

Para apreciar debidamente la novedad de esta propuesta, hay que considerar que desde Charles Gibson (*Los aztecas bajo el dominio español*, 1967) hemos tendido a considerar que las instituciones mesoamericanas perduraron mucho después de la conquista, tanto por su propia resistencia como porque los españoles consideraron conveniente o inevitable apoyarse en ellas. El mismo Gibson mostró que el desplazamiento de los antiguos señores de puestos de gobierno ocurrió en Tenochtitlan solamente a fines del XVI; William Taylor argumentó y demostró que los indígenas preservaron sus tierras en Oaxaca durante décadas, abarcando el mayor y el mejor número de tierras. En Michoacán, en mis propios estudios argumenté que fueron las epidemias y las congregaciones de fines del XVI las que acabaron con las instituciones mesoamericanas que habían sobrevivido a la llegada de los hispanos. El caso de Chalco podría ser particular, fruto de ciertas características locales, pero bien podría llevarnos a considerar con más cuidado una división en periodos que hemos dado por cierta, quizás demasiado prontamente.

Un segundo tema tiene que ver con la perspectiva de esta investigación. En efecto, la historia novohispana, como cualquier otra, puede construirse “desde arriba” o “desde abajo”. La visión global es muy pertinente cuando hablamos de una sociedad colonial, que casi por definición obedece a reglas, normas y mandamientos que vienen de fuera. La Nueva España, evidentemente, respondía en gran medida de situaciones que se decidían en Madrid

o que, incluso, tenían su origen en la economía del capitalismo en formación. Esta amplia perspectiva fue presentada muy bien por John Lynch (*España bajo los Austrias*, 1964), un autor clásico al que tenemos un poco, e injustamente, olvidado.

En México tendemos a seguir la visión opuesta, local, en parte porque la obsesión particular de nuestra historiografía ha sido la construcción histórica de la nación. Por esas razones hacemos poco caso de importantes realidades vinculadas, como la historia de España imperial, o de las que se prestarían bien a la comparación, como la evolución del virreinato peruano. Esta preferencia también corresponde con la recomendable inclinación de los historiadores hacia lo particular y lo específico. Así ocurre con este libro de Tomás Jalpa, quien afirma que el impacto de los grandes cambios imperiales era sólo un eco lejano que llegaba tardíamente a Chalco, y que la tradición y las costumbres fueron la piedra angular de la vida cotidiana.

Por otro lado, el autor es consciente del juego y rejuego que ocurría entre esta región y las entidades más amplias de que formaba parte. Esto es casi inevitable por las características particulares del sujeto de estudio, porque no estamos hablando de pueblos perdidos en remotas sierras o desiertos, sino de unos que se encontraban integrados en los circuitos mercantiles que abastecían a la capital virreinal, y en el camino que iba hacia Puebla, Veracruz, y por este puerto con el mundo atlántico. Aunque evidentemente había lugares serranos donde esto era poco visible, en la mayor parte de estos pueblos había un continuo ir y venir de personas, ideas y mercancías. Son aspectos que se insinúan en este libro, aunque no se desarrollan con la misma atención brindada, por ejemplo, a los acontecimientos ocurridos en las faldas de la Sierra Nevada.

Un tercer tema que conviene traer a la discusión tiene que ver con las tensiones implícitas entre lo institucional y lo social. No cabe duda de que los altepeme de Amecameca, Tlalmanalco, Tenango y Chimalhuacán regularon la vida política, económica y religiosa en los dos primeros siglos coloniales. Su historia corporativa es importante, necesaria para comprender esta región, pero, como advierte el autor, no eran entidades homogéneas y existían realidades locales a las que hemos atendido poco. Podría bien decirse que, por ejemplo, la conocida y discutida depresión del siglo XVII no debió sentirse igual en las cabeceras que en los pueblos sujetos y pequeñas rancherías, ni la apreciarían de igual forma los caciques, los

mercaderes, los comuneros o los arrendatarios. No es fácil dilucidarlo, porque en la historia indígena siempre corremos el riesgo de derivar hacia una historia institucional. Conocemos lo que los pueblos querían decir o no tenían más remedio que exponer ante las autoridades españolas, o sea los asuntos de tierras, de administración civil o de su compleja vida religiosa, pero lo que ocurría en su interior se escondía en buena medida a la mirada de los extraños, tanto en el pasado como hoy día. Es necesario, como de manera notable hace aquí el autor, apoyarse en inferencias, en medias palabras, extraer información donde aparentemente no la hay, y utilizar cierta maña para ir más allá de la letra de los documentos. Esta combinación de perspectivas, de métodos y de ideas hace esta obra de lectura tan necesaria como grata.

Como siempre ocurre, una obra de historia debe seguir su camino, muchas veces impredecible. Existen libros que alcanzan un éxito inmediato y otros que permanecen en los estantes de las bibliotecas durante años, hasta que son descubiertos en su momento. También hay los que poco a poco van abriéndose paso entre reseñas, recomendaciones de profesores, comentarios de estudiantes y revisiones despaciosas de otros especialistas, hasta atraer la atención de un público amplio, más allá del estrecho círculo académico. No sé cual sea el destino de esta obra, pero espero que atraiga lectores, porque el lector que recorra sus páginas tendrá mucho en qué interesarse.

Felipe CASTRO GUTIÉRREZ
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas